
Las psicosis creativas. Un estudio de la experiencia psicótica en la investigación científica

Dr. J. L. González de Rivera

Psiquis, 1983; 4: 54-60

Resumen

La relación entre actividad creativa y psicopatología es tema de interés muy antiguo. La creatividad utiliza procesos mentales, similares en los que se conjugan representaciones mentales de los procesos primarios, similares a las presentes en las elaboraciones psicóticas y en los sueños, y elementos propios del proceso secundario, característico del pensamiento racional adulto habitual. Para esta integración de procesos primarios y secundarios se propone el término de «proceso terciario», poseedor de características propias. Así como el proceso primario está al servicio del principio de placer y el proceso secundario al servicio del principio de la realidad, el proceso terciario está al servicio de la trascendencia individual. Algunos individuos psicóticos parecen capaces de funcionar parcialmente en niveles de alta creatividad no sólo artística sino también científica. La psicosis creativa se caracteriza por manifestaciones psicopatológicas afectivas y delirantes, pero con preservación de las facultades de empatía, contacto afectivo y respuesta adecuada a necesidades rutinarias. Psicodinámicamente se caracterizan por un proceso de disolución del yo con pre-

dominio de las pulsiones libidinales de búsqueda de objeto, con ausencia o escasa participación de objetos internos persecutorios. La creatividad representa en estos casos una vía de solución ante la pérdida de un objeto altamente valorado, investiendo las pulsiones libidinales dirigidas hacia este objeto en la actividad creadora.

Abstract

The creative psychoses. A study of Psychotic experience and scientific research

The mental processes in creative activity combines primary process thinking, as dreams and psychotic mental activity, and secondary process thinking, as in normal mature mental activity. This integration of primary and secondary processes has its own peculiar characteristics, and has been termed «tertiary process». As primary processes serve the pleasure principle and secondary processes the reality principle, tertiary processes are in service of individual transcendence or «transcendence principle».

Some psychotic patients are able to function on high creativity, not only artistic, but also of a scientific nature. These «creative psychoses» are defined by affective and delusional psychopathology, but with preservation of empathy, affective

Jefe del Departamento de Psiquiatría de la Universidad de La Laguna. Tenerife.

investment on interpersonal relationships, and good adaptation to every day life. From a psychodynamic perspective, the creative psychoses, are characterized by a predominance of libidinal drives and object search, with absence of internal persecutory objects and of aggressive drives. Creativity represents an attempt to solve the loss of a highly valued object, with investment of the cathexis formerly attached to the lost objects on creative activity.

Es frecuente, al tratar de creatividad, referirse casi exclusivamente a la que se desarrolla en los campos artístico y literario. Mi propio interés en este tema se inició con un estudio de pintores y escritores que atribuían su creatividad al consumo de drogas (1), continuando por la identificación de un pequeño grupo de adictos que desarrollan su toxicofilia en la búsqueda de modelos más amplios y creativos de la realidad (2). Estos sujetos tienden al consumo de euforoalucinógenos y psicodislépticos y experimentan periódicos accesos psicóticos-tóxicos. Su motivación básica difiere de las tesis regresivas contenidas en la formulación psicoanalítica de Rado (3), y se ajusta mejor a lo que he denominado «teoría psicodinámica progresiva de la adicción» (4). Con ella intento explicar la atracción que los estados alterados de conciencia ejercen sobre algunos individuos, no para escapar de la realidad hacia atrás, sino para trascenderla hacia esquemas conceptuales más complejos y globalizadores. Las sustancias que modifican la función de los centros cognitivos, liberándoles del influjo sensorial habitual, fuerzan la elaboración de nuevos modelos y pueden inducir la experiencia subjetiva de creatividad (5). Ciertamente que no estoy recomendando el consumo de drogas para fines creativos, sino que sólo pretendo introducir la noción que algunos individuos, dotados de una motivación progresiva, persiguen activamente la experiencia psicótica con el objeto de potenciar su creatividad. En realidad, no es la norma que la creatividad subjetiva del intoxicado se materialice, como no es la norma que los psicóticos sean creativos. Sin embargo, en ciertas psicosis espontáneas puede ser operativo un mecanismo análogo al descrito para las psicosis tóxicas, y la desintegración cognitiva puede dar lugar a ocasionales elaboraciones de tinte creativo.

El estereotipo del científico, tan diferente del que la imaginación popular atribuye al artista creador, es quizá uno de los factores que inhibe el estudio de la creatividad en el campo de la ciencia. Rasgos como racionalidad, escepticismo, obsesión por la exactitud y el detalle, tecnificación, etc., parecen, en efecto, muy lejanos tanto de los procesos creativos como de los psicóticos. Sin embargo, el innovador científico no basa su tarea en esos rasgos, que ya Cajal criticaba como propios de «cientifistas» y no de científicos, sino en una serie de procesos cognitivos especiales, capaces

de transformar conceptualizaciones de la realidad universalmente aceptadas hasta aquel momento. Freud (6) fue el primero en describir algunos de estos procesos, que clasificó en primarios y secundarios. El proceso primario es el más antiguo ontogenéticamente, y opera mediante mecanismos de desplazamiento, condensación y sustitución. Su acción es prevalente en los sueños, en condiciones psicopatológicas como la esquizofrenia y durante un corto período, en las primeras etapas del desarrollo cognitivo normal. Los procesos secundarios solapan y tienden a sustituir pronto a los primarios, y constituyen el denominado pensamiento conceptual, que sigue las leyes de la lógica y de los métodos inductivo y deductivo. Adicionalmente, Arieti (7) distingue el proceso terciario, específico de la creatividad, y consistente en combinaciones especiales de las formas primarias y secundarias de cognición. La creatividad, según este autor, tiene como función permitir, de manera apropiada y deseable, la trascendencia de los modos habituales de sentir, comprender, relacionarse y hacer. La actividad del hombre normal tiende a seguir pautas fijas, repetitivas y predecibles, gobernadas por las leyes de la lógica y de la costumbre, y el proceso creativo permite la liberación de esa rigidez. La creación, sin embargo, no es simplemente originalidad y libertad, sino que también impone restricciones. En primer lugar, aunque su método cognitivo difiere del estrictamente propio de los procesos secundarios, sus resultados no deben estar en desacuerdo con ellos. Si así fuera, se trataría de producciones bizarras y excéntricas, pero no creativas. En segundo lugar, debe perseguir la expansión, de manera deseable, de la experiencia humana, bien mediante placer estético, como en el arte, bien aumentando la utilidad, comprensión y predictibilidad de la Naturaleza, como en la ciencia. En tercer lugar, el proceso creativo tiende a satisfacer un deseo o una búsqueda por un objeto nuevo o por un estado de experiencia o de existencia que no se encuentra o no se desarrolla fácilmente. Freud señalaba que la urgencia de crear corresponde a un intento de solucionar conflictos biológicos fundamentales, pero, como veremos más adelante, en la discusión de dos casos clínicos, puede también responder a la necesidad de restaurar o recuperar un objeto perdido, aplicando al acto creativo las catexias previamente fijadas a ese objeto.

El acto creativo constituye, en resumen, una síntesis de procesos primarios y secundarios con la que se satisface, de manera positiva y apropiada, exigencias de tipo intrapsíquico y sociocultural. En la creatividad científica no basta, sin embargo, con la formación de una síntesis, sino que es además necesario que se corresponda con los aspectos objetivos de la realidad exterior. En este aspecto, quizá el término de «creación» se aplique más justamente a producciones plásticas o literarias, conviniendo mejor a la creatividad científica el «descubrimiento». Por ello, la validación consensual es un paso inescapable en el proceso

de investigación científico, aunque en la creación artística puede considerarse que la comprensión de la obra por otras personas cumple una función análoga.

Habitualmente, se considera que la observación, la experimentación y la recogida de datos son los factores fundamentales de la investigación científica. Sin embargo, estos no son sino actividades secundarias de apoyo, que permiten la integración de los descubrimientos en el contexto general de la ciencia, y su comprensión y valoración consensual por otros investigadores. El verdadero arranque de un descubrimiento científico, al igual que el de muchas obras artísticas, es un momento de iluminación creativa. Un conocido ejemplo es el del matemático Poincaré, que relata como, de manera repentina, le vino la idea de la identidad entre las funciones Fuchsianas y las transformaciones de la geometría no euclidiana, dos campos considerados hasta entonces como independientes y sin relación entre sí (8). Esta identidad entre dos conceptos diferentes y sin relación entre sí, surgida, no de un razonamiento lógico comparativo, sino de una percepción primaria, recuerda en cierta forma la percepción delirante o apófana de los esquizofrénicos. Según Schneider, en esta percepción delirante se establece un lazo entre el objeto percibido y un significado nuevo, diferente del habitual, que le es dado instantáneamente, adquiriendo así la percepción su carácter delirante. La gran diferencia entre la percepción delirante del esquizofrénico y la intuición creativa no radica tanto en sus aspectos formales, sino en sus consecuencias. El creativo dedica grandes esfuerzos, de los clásicamente considerados como propios de la investigación científica, a exponer y explicar de manera comprensible su intuición. El esquizofrénico no pasa de la convicción, en contra de toda evidencia, y son precisamente sus infructuosos intentos de convencer a los demás los que le ganan el calificativo de loco. Quizá habría que establecer un gradiente que va desde el científico creador reconocido, que consigue elaborar una nueva visión de la realidad, compartida y aceptada por los demás, hasta el psicótico cuya visión de la realidad no es aceptable, porque carece de los elementos de coherencia y correlación necesarios para constituir una mejor interpretación de la realidad. El científico fracasado cuyas intuiciones podrían ser aceptables, pero que no lo son por su incapacidad para traducirlas al lenguaje lógico del proceso secundario, ocuparía un lugar intermedio en este continuo. Todo ello se debe a que la esencia del método científico radica, precisamente, en la exigencia de que todo descubrimiento ha de ser traducible a procesos secundarios, y demostrable mediante datos objetivos. Toda la teoría del conocimiento de Popper se basa en la idea de que, cualquiera que sea nuestro modelo de universo, estamos en un error, y que nuevas conceptualizaciones sucesivas son necesarias para ajustarnos de manera cada vez más perfecta a la realidad última de las cosas. Por eso, la falseabilidad, es de-

cir, la posibilidad de formular una idea o hipótesis en términos que puedan ser sometidos a comprobación experimental, es la esencia de la actividad científica, en el sentido de Popper. Esta es precisamente la gran diferencia con la psicosis, en la que la convicción es suficiente. Es también, incidentalmente, la diferencia entre ciencia y creencia, puesto que los conocimientos obtenidos por esta última se aceptan por la autoridad del que los imparte, y no por comprobación objetiva.

A pesar de esta diferencia entre procesos creativos y psicóticos, es importante señalar que ambos pueden coexistir en la misma persona, como se revela en los siguientes ejemplos clínicos:

H., un médico endocrinólogo, me llamó un día por conferencia telefónica desde muy larga distancia para comunicarme que había descubierto el secreto último de la Naturaleza y estaba en posesión de la cura de una terrible enfermedad. Todo surgió cuando, mirando los grandes árboles del parque bajo su ventana, sintió el movimiento de las hojas en su propio cuerpo y comprendió que él era un ser vivo como el árbol y no inerte como la mesa (textual). Estaba a punto de saltar por la ventana para unirse mejor con la Naturaleza cuando, afortunadamente, decidió llamarme. Su propósito era aconsejarme con respecto a unas investigaciones neuroendocrinas que yo estaba desarrollando, y para las cuales su iluminación sería, me dijo, de gran ayuda. Durante largo rato me habló de plantas y musgos, de su madre (que había muerto pocos años atrás) y de su novia (con la que había roto meses antes), todo ello intercalado con comentarios técnicos sobre neuroendocrinología que, a diferencia del resto de su conversación, no me parecieron tan disparatados. Repetidamente le insistí, en un intento de calmarle, que lo que parecía tan obvio no se comprendía fácilmente y que era importante desarrollar y clarificar esas ideas para la gente corriente. Bruscaamente, me preguntó: «No creerás que estoy loco, verdad?» a lo que respondí, con toda sinceridad: «Me parece que sí, pero no estoy seguro. Tenemos que hablar más, ¿porqué no te vienes aquí unos días?». Contestó que estaba gastando una fortuna en teléfono, que no podía venir porque tenía mucho trabajo desarrollando su descubrimiento, y que ya me escribiría. Me escribió, en efecto, cartas en las que coexistían los mismos elementos que en la conversación telefónica: referencias a su vida afectiva, comparaciones entre procesos vitales de los más variados organismos y elucubraciones de tipo teológico y cosmológico. El tono general fue paulatinamente menos delirante y más comprensible, y poco tiempo después, prestigiosas revistas empezaron a publicar muy bien construidos trabajos científicos de H. sobre la respiración de las células cancerosas. Aunque no se mencionaban los musgos en estos trabajos, yo pude reconocer en la génesis de las hipótesis que en ellos se sometía a análisis experimental elementos del delirio arbóreo de H., traducido en términos de procesos secundarios.

El segundo caso corresponde también a un in-

investigador en bioquímica, al que llamaré J. Mi primer contacto con J. fue en una reunión social, en el curso de la cual me confió que la mayoría de sus ideas y descubrimientos científicos se las había, textualmente, «soplado Dios al oído». Posteriormente recabó mi ayuda profesional para tratamiento de un síndrome crónico de insomnio y durante este tratamiento pude conocer más detalles sobre varias crisis psicóticas. Todas ellas parecían relacionadas con situaciones de estrés vital, y todas ellas habían sido precedidas por períodos de insomnio casi total, dedicados a intensa actividad intelectual en su profesión. Típicamente, estos períodos de desintegración psicótica eran seguidos, o bien por una restitución a la actividad científica creativa y productiva, o bien por fases depresivas, con abatimiento, apatía y autorrecriminación, en las que empleaba frases como «Dios me ha abandonado» o «se me apagó la voz». En sus períodos creativos refiere la existencia de una voz que le aconseja y le sugiere protocolos experimentales y soluciones a problemas de investigación, sugerencias que con frecuencia resultan sumamente acertadas.

J. considera las teorías sobre procesos creativos como eufemismos dónde se habla de intuición, porque «el mundo no está preparado para saber que Dios habla directamente a los sabios». Esta idea constituye una réplica interesante a mi interpretación de que sus «voces» son la proyección de ideas propias en un ser superior, lo cual permite sentirse protegido por ese ente benévolo, fabricado a partir de sus propias intuiciones. En otra ocasión, después de una interpretación mía que resultó particularmente acertada, exclamó con admiración: «Me alegro de que por fin seas de los nuestros, porque eso te lo ha dicho el Señor». A pesar de esta actividad de orden psicótico, sus trabajos científicos son irreprochables tanto desde el punto de vista experimental como del de exposición, y son reconocidos internacionalmente.

La psicopatología de estos pacientes no es fácil de encuadrar en los esquemas nosológicos más conocidos. La coexistencia de alteraciones afectivas y delirantes puede hacer sospechar un síndrome esquizoafectivo, sobre todo en el caso de J. El diagnóstico de «psicosis reactiva esquizofreniforme» podría ser aceptable para el caso de H., tanto por la forma de inicio como por su evolución posterior. Sin embargo, la presencia de rasgos comunes a ambos casos, que difieren de lo habitual tanto en las psicosis esquizofrénicas como en las afectivas, permite agruparlos provisionalmente en una unidad conceptual, para la que utilizaremos el término de «psicosis creativa». Como veremos en detalle a continuación, la psicosis creativa se caracteriza por un proceso de disolución del yo en el que predominan las pulsiones libidinales de búsqueda del objeto, y que evoluciona hacia una estructuración creativa de la experiencia psicótica. En primer lugar, junto a la buena conservación del contacto afectivo, llama la atención la capacidad, tanto de H., como de J.,

para salir de su propia problemática e intentar ayudar de manera eficaz a otra persona. No me refiero a los elementos grandiosos comunes, a los delirios mesiánicos, de salvar a la Humanidad, curar el cáncer, etc., sino a su preocupación, concisa y concreta, por mi propio desarrollo científico. Su interés y sus consejos, en plena crisis psicótica, contenían elementos dictados, no tanto por las necesidades de su delirio, como por su interpretación de mis propias necesidades (científicas, no delirantes). Es evidente que se estableció entre cada uno de ellos y yo un intenso proceso transferencial, terapéuticamente beneficioso, y con características peculiares, en contraposición con la avidez transferencial típica del psicótico (no totalmente ausente en estos dos casos) existía en ellos un deseo genuino de dar de sí mismos, identificable contratransferencialmente, y que considero clave en la interpretación de la dicotomía psicosis-creatividad. Mientras que en la disolución esquizofrénica de la personalidad las barreras del yo son derribadas por el odio —la avidez—, el punto máximo de la disolución creativa, al igual que la ruptura mística, se caracteriza por una apertura del yo a impulsos del amor (9). La posibilidad de plasmar las experiencias delirantes en construcciones lógicas funcionales del mundo real, compatibles y beneficiosas para otros, depende críticamente del predominio de las pulsiones libidinales-nutritivas sobre las agresivas-destructivas. El carácter benévolo de los contenidos delirantes confirma este predominio de las pulsiones de vida, en contraste con el tinte persecutorio habitual de los delirios psicóticos. Así, la felicidad de H. durante su experiencia delirante con los árboles recuerda más una vivencia mística que una crisis esquizofrénica, mientras que la voz que aconseja a J., acertadamente además, no tiene nada de la persecución alucinatoria del paranoide. El carácter protector y benévolo del objeto interno, frente al carácter destructor del objeto persecutorio activado en las psicosis habituales, nos orienta hacia una diferencia psicodinámica importante. En las psicosis tóxicas por psicodislépticos encontramos también este difícil equilibrio, dependiendo que el viaje sea «bueno» o «malo» del predominio relativo entre objetos buenos y malos del mundo interno. Ciertamente que en los dos casos que tan brevemente he presentado no estaban ausentes los aspectos persecutorios y depresivos, y quizá la activación y desarrollo de un objeto interno compensador constituya el núcleo esencial de su capacidad creativa. Resumiendo en este punto, la desestructuración lógica y la disolución de las barreras del yo no parecen diferenciar las psicosis creativas de las demás. La diferencia radica más a nivel afectivo que cognitivo, con un predominio relativo de pulsión libidinal neutralizada.

Para que el acto creativo pueda realizarse es necesario, además, que esta energía psíquica se aplique a la elaboración de estructuras cognitivas estables y susceptibles de apropiada expresión externa. *La tensión creadora es la parte de ener-*

gía libidinal ligada al nuevo constructo cognitivo que tiende a la producción de equivalentes de ese constructo en la realidad externa (5). Lo creado constituye así, como dice Grinberg (10), un nuevo objeto hacia el cual se dirige la pulsión hasta entonces insatisfecha. El paso de este objeto del mundo interno al externo requiere un tremendo esfuerzo que sólo puede realizarse si el yo conserva una parcela funcionalmente sana, capaz de operar en la realidad. Tanto H como J. muestran, precisamente, la preservación de esta parcela sana, que les permite continuar una vida normal atender detalles mundanos, como el coste de las conferencias telefónicas o la preparación de presupuestos de investigación. Entre la esfera sana y la psicótica parece operar una tercera fracción, de límites borrosos, en la que se lleva a cabo la actividad científica creadora.

Llegamos ahora al punto de intentar explicarnos la función del acto creativo con respecto al mantenimiento del equilibrio de la economía psíquica. Recurrirémos para ello a algunos datos de la historia clínica de nuestros pacientes: H, hijo único, huérfano de padre a temprana edad, había perdido a su madre pocos años antes de la experiencia psicótica. En medio de un duelo que parecía revestir caracteres patológicos, H conoce a una joven por la que prontamente siente un intenso amor y, al ser correspondido, no sólo supera su estado depresivo, sino que se lanza a una intensa actividad profesional de ribetes casi hipomaniacos. En estas circunstancias, H logra una beca de investigación en Estados Unidos y, justamente en el momento en que la continuidad de su proyecto está en duda, recibe la noticia del rompimiento total y definitivo de relaciones por parte de su novia, en los pocos meses que preceden a la crisis psicótica, H alterna períodos de inactividad depresiva con otros de intensa vida social y promiscuidad sexual.

Visto retrospectivamente, parece evidente que H no puede tolerar la ausencia del objeto y que, desde la muerte de su madre, intenta desesperadamente establecer nuevas catexis con objetos reales. Una vez que todo ha fallado, abandonado por la novia, en un país extraño y con dificultades profesionales, H encuentra en su delirio una solución brillante: la fusión con la Naturaleza, fuente de toda vida, habrá de garantizarle para siempre jamás la permanencia del objeto. Solamente cuando H. va siendo capaz de atemperar paulatinamente sus necesidades fusionales, de tolerar la frustración por la ausencia del objeto, y de renunciar a la descarga total e inmediata de sus catexis, puede iniciarse su actividad creativa en el terreno científico.

Es importante hacer constar aquí de nuevo la ausencia conspicua de objetos persecutorios. En la ausencia del objeto, la creación de objetos internos persecutorios es la respuesta habitual, y de ella proceden los síntomas ansiosos y depresivos característicos de los estados patológicos. *La capacidad de vivir la ausencia del objeto como ausencia, y no como presencia de objeto persecu-*

torio, es esencial para la evolución creativa de la psicosis. Cuando J, proyecta en un dios personificado todo lo mejor de sí mismo, para establecer después una relación bipersonal con este objeto interno omnipotente y benévolo, está haciendo lo mismo que H. cuando éste disuelve fusionalmente su yo en la Naturaleza: Crear un objeto bueno que sustituya al original perdido. Los delirios de ambos pacientes representan soluciones a estados muy regresivos de pérdida objetal, esencialmente diferentes a la solución habitual de convertir el objeto ausente en objeto malo investido de pulsiones agresivas. La creación científica representa para ellos otra modalidad de solución, en la que utilizan elementos delirantes, pero en la que se renuncia a la gratificación autista y se persigue un objeto —el descubrimiento científico— que pueda ser compartido. Podría argüirse que los objetos omnipotentes delirantes tienen un carácter defensivo, y tal vez sea así hasta cierto punto. Pero está claro que, si existiera un predominio de pulsiones agresivas, nunca podrían ponerse en marcha procesos creativos cuya finalidad es la mejor comprensión de la vida y el desarrollo de nuevas terapéuticas. No sólo en estos dos casos, sino en general, considero que el predominio de pulsiones amorosas es esencial para que pueda darse el fenómeno creativo. Por otra parte, las privaciones, experiencias traumáticas y frustraciones que con frecuencia jalonan las vidas de personas creativas (11) pueden ser necesarias para que aparezca la necesidad de recrear en el mundo externo los objetos internos, necesidad que constituye una de las características básicas de la creatividad (5).

Bibliografía

1. GONZÁLEZ DE RIVERA, J. L.: *Contribución al estudio de las aspectos artísticos y creativos de la adición a drogas. 1 Congreso Mundial de Academias de Medicina, Sevilla, 1977.*
2. GONZÁLEZ DE RIVERA, J.L. y OUTOMURO, L.: *Psicodinamia de las Toxicomanías. I Congreso Hispano-Luso-Americano de Psiquiatría Barcelona 1978.*
3. RADO, S.: *The Psychoanalysis of Pharmacothymia. Psychoanalytic Quarterly. 2 (1): 1-23, (1933).*
4. GONZÁLEZ DE RIVERA, J. L.: *Drogas, estados de Conciencia y Creatividad. Psiquis, 1: 167-175, (1980).*
5. GONZÁLEZ DE LA RIVERA, J.L.: *Creatividad y Estados de Conciencia. Revista de Psicología General y Aplicada, 33: 415-426 (1978).*
6. FREUD, S.: *The interpretation of dreams. Chap. 7: The psychology of the dream processes. Standard Edition, Vol. 5 pag. 588. The Hogarth Press, London.*
7. ARIETI, S.: *The Rise of Creativity: From Primary to Tertiary Process. Contemporary Psychoanalysis, 1:51-68, (1964).*
8. POINCARE, H.: *Mathematical Creation. En: Creativity. P.E. Vernon, (Ed.) Penguin Books Ltd., 1970. pp. 77-88.*

9. GONZÁLEZ DE RIVERA, J. L.: *Psicopatología del Sí Mismo*. En: *Manual de Psiquiatría*. J. L. G. de Rivera, A. Vela y J. Arana (Eds) Karpes, Madrid, 1980.
10. GRINBERG, L.: *Enfermedad psicósomática, Psicosis y Creatividad* Boletín del Instituto de Estudios Psicosomáticos y psicoterapia médica. Enero-Junio, 1978, pp. 39-52.
11. MACKINNON, D. W, *IPAR'S: Contribution to the conceptualization and study of creativity*. In I.A. Taylor & J. W. Getzels (Eds.) *Perspectives in creativity*. Chicago: Aldine (1975), pp. 60-89.